

hecho el voto mas ó menos miedo, el peregrino le lleva con los pies descalzos, ó andando sobre las rodillas el ex-voto que le ha prometido. Unas veces hecho el voto se cumple religiosamente: no hay ejemplo de marinero por pobre que sea, que haya faltado á su promesa: lo único que tal vez se permite es, cuando no ha designado positivamente la materia, dar plomo por plata, y cobre por oro.

Un vigia colocado en lo mas alto de la fortaleza hace seña de todos los navíos que llegan á Marsella.

Desde lo alto de la montaña de Nuestra Señora de la Guardia, se descubre, como hemos dicho, á Marsella y sus alrededores.

Desde allí se ven en su incalculable multiplicidad esos millares de bastidas ó casas de campo, que hacen una ciudad desparramada alrededor de la ciudad compacta.

Consiste esto en que cada habitante de Marsella posee su bastida: muchos no tienen casa en la ciudad, y tienen una casa de campo. Como generalmente cada uno hace su expedición á pie, elige para su bastida el punto mas inmediato á la puerta por donde sale: resultando de aquí que todas las bastidas están al alcance de sus propietarios, aunque es preciso que se estrechen un poco, como lo hacen. Nada es menos exigente que una bastida; una bastida no exige ni patio ni jardín. Hay bastidas que tienen un árbol para cuatro propietarios, y estas no son las mas infelices.

Bajamos de Nuestra Señora de la Guardia al puerto de los Catalanes. El puerto de los Catalanes es una de las cosas curiosas de Marsella.

Vino un día una colonia misteriosa á establecerse sobre una lengua de tierra deshabitada alrededor de un pequeño puerto donde podían abrigarse barcos menores: pidió al ayuntamiento de Marsella establecer allí un puerto, y en aquel promontorio su poblacion: el ayuntamiento concedió su petición á aquellos gitanos de la mar.

Desde aquel tiempo están allí, habitando casas estrañamente construidas; hablando una lengua desconocida; casándose entre si, y sacando todas las tardes sus pequeños barcos sobre la playa, como marineros del tiempo de Virgilio.

Sin embargo, hace un siglo ó dos, se va disminuyendo todos los años la pequeña colonia: dentro de medio siglo tal vez habrá desaparecido, como desaparece todo lo que es estraño y pintoresco: que la cosa sea superior ó inferior á ella, nuestra bienaventurada civilizacion tiene horror á todo lo que no está á su nivel: la civilizacion mata á los pobres catalanes.

Nos separamos dándonos cita para la noche en el teatro. Despues del teatro debíamos ir á cenar á casa de Sybillot. Méry se separó de nosotros para encargar la cena, y buscarme un cazador de tollo.

Llegué al teatro á la hora convenida, y encontré á Jadin y á Méry que me aguardaba con otros tres ó cuatro convidados. Mi primera pregunta á Méry fué si me habia encontrado el cazador que me habia prometido.

—Sí, me respondió; y famoso.

—¿Estais seguro de que no se nos escapará?

—No hay cuidado: le he dicho que habeis cazado leones en Argel, y tigres en las Pampas.

—¿Dónde está?

—Allí: miradle en la orquesta.

—¿El tercer contrabajo?

—No, el cuarto: allí, allí.

—Perfectamente.

—El es.

—¿Cosa mas admirable!

—¿No tiene traza de cazador, no es verdad?

—No, á fé mia.

—Pues bien, ya me contareis prodigios de él.

Tranquilizado con esta promesa, atendí á la funcion.

El teatro de Marsella no es ni mejor ni peor que los demas. Se representa en él la comedia un poco mejor que en Tours; la ópera un poco menos mal que en Lion; los melodramas casi como en todos los teatros.

Habia aquella noche entrada completa. Una compañía italiana que se encontraba en Niza habia pasado una mañana el Var, y habia venido á cantar la música de Rosini á Marsella donde habia hecho furor. Porque hablan provenzal los marsellese, se figuran que les gusta la música italiana.

Como yo no soy un melómano frenético, y el miedo de perder algunas notas no es bastante poderoso para distraerme de mis eternas investigaciones, alcé los ojos encima de la araña para buscar el famoso techo de *Réaty*, de que tanto habia oido hablar. Representa á Apolo y á las Musas echando flores al Tiempo. A pesar de lo antiguo del asunto merece verdaderamente la reputacion que tiene, y es una de las cosas que deben verse en Marsella.

Unicamente daré á mis amigos el consejo de que no vayan á verlo en dias de ópera. Concluida la SEMIRAMIS, porque nada menos que la Semiramis se representaba, Méry hizo una seña de inteligencia al cuarto contrabajo que le respondió por un signo amistoso. El gesto de Méry queria decir: os agnardamos en la fonda de Sybillot: el signo del contrabajo significaba: en cuanto lleve mi viola á casa, antes de cinco minutos me reunire con vosotros. Dos sordo-mudos no se hubieran dicho mas cosas en menos tiempo.

En efecto, apenas nos hallamos en casa de Sybillot cuando llegó nuestro cazador. Méry nos presentó el uno al otro, y despues nos pusimos á la mesa.

Durante la cena cada cual hizo lo posible para darse á conocer: cada cual contó muchas

cosas; y solo el señor de Louët no contó nada: parece que nada da tanto apetito como menear una mano horizontalmente, y otra verticalmente en el violon; pero escuchó todo; no perdió ni una dentellada, ni una palabra, aprobando únicamente con la cabeza las proezas que nosotros habiamos hecho, y acompañando su aprobacion con una especie de gangueo cuando la anécdota le parecia muy interesante. Quejámonos con los ojos á Méry de aquel silencio; pero Méry nos hacia señas de que diéramos tiempo al apetito para satisfacerse; que cada cosa vendria á su sazón, y que no perderiamos nada con aguardar.

En efecto, á los postres Mr. Louët exhaló una especie de exclamacion que casi queria decir:—A fé mia que he cenado bien—Méry vió que habia llegado el momento: pidió un bol de ponche y cigarros. A doscientas leguas de Paris, el ponche es todavía el acompañamiento obligado del postre en una cena de hombres.

El señor Louët se arrellanó sobre su silla; nos miró á todos uno á uno, como si nos viese por la primera vez, acompañando esta inspeccion con una benévola sonrisa. Despues con aquel dulce suspiro de satisfaccion que da un gloton harto, dijo:

—A fé mia, que he cenado bien.

—Señor Louët, vaya un cigarro, le dijo Méry: esto es excelente para la digestion.

—Gracias, ilustre poeta, respondió monsieur Louët: nunca fumo; únicamente tomaré un vasito de ponche, con permiso de estos caballeros.

—¿Cómo? Si lo he hecho traer espresamente para vos.

—Sois muy buenos, caballeros.

—¿Pues qué no fumais? señor Louët...

—No, no fumo nunca; en mi tiempo no se fumaba todavía, señores. Son los cosacos los que han traído esto con sus botas: yo jamás me he quitado los zapatos, y he permanecido siempre fiel á mi caja de tabaco. ¡Eh! yo soy muy amigo de las cosas de mi nacion.

Y á estas palabras sacó Mr. Louët de su bolsillo una caja de tabaco en miniatura, y la alargó hácia nosotros. Rebusamos todos tomar un polvo, á escepcion de Méry, que queriendo lisonjear á Louët le atacaba por su flaco.

—Excelente es vuestro tabaco, señor Louët; no debe ser del estanco.

—Sí, señor, solamente que yo me lo arreglo. Es un secreto que me ha dado un cardenal cuando yo estuve en Roma.

—¿Con qué habeis estado en Roma? pregunté yo á Louët.

—Sí, señor; he permanecido allí diez y nueve ó veinte años.

—Señor Louët, replicó Méry, yo decia que pues que no fumais podiais contar á estos señores vuestra caza de ortegas.

—¿Qué es una ortega? pregunté yo.

—¿Una ortega? me dijo Méry. ¿No conocéis la ortega? Decidle lo que es, señor Louët. No conoce la ortega, y se tiene por cazador. La ortega, amigo mio, es un pájaro augural; es el *rara avis* del satirico latino.

—Es un ave grande, continuó el señor Louët, pero excelente para asar.

—Pues entonces contadme vuestra caza de ortegas.

—No deseo mas que daros gusto, dijo graciosamente Mr. Louët.

—¡Atencion, señores! dijo Méry; vais á oír una de las cazas mas estraordinarias que se han verificado desde Nemrod hasta nuestros dias. Yo la he oido contar veinte veces, y siempre me gusta volverla á oír. Vaya un segundo vasito de ponche; y ahora comenzad, que todos os oimos sin chistar.

—Sabeis, caballeros, dijo Mr. Louët, que todo marsellés ha nacido cazador.

—Sí, ¡vive Dios! si, interrumpió Méry echando una bocanada de humo: es un fenómeno fisiológico que jamás he podido esplicarme; pero que no por eso es menos cierto. Los designios de Dios son impenetrables.

—Desgraciada, ó felizmente, tal vez, porque es incontestable que su presencia está colocada entre los azotes de la humanidad: desgraciada ó felizmente, pues, continuó el señor Louët, no tenemos sobre el territorio de Marsella ni leones, ni tigres, pero tenemos el paso de los palomos.

—¡Eh! ¿Qué tal? dijo Méry. ¿Cuando yo os lo decia?..... No hay quien se lo quite de la cabeza.

—Pero es un hecho indudable, replicó monsieur Louët, verdaderamente picado, indudable. Decid lo que querais; el paso de los palomos se ha verificado. Además, nos habeis prestado el otro dia un libro de Cooper, en donde está comprobado el paso de los pichones: *los peoneros*.

—¡Ah! si; comprendo, en América.

—Pues bien, si pasan por América ¿por qué no habian de pasar por Marsella? Los buques que van de Alejandria y de Constantinopla á América, tambien pasan por aquí.

—Exactamente, respondió Méry aturdido con la observacion. Nada tengo que oponer. ¿Cómo no habia yo caído en esto? Dadme la mano, señor Louët: jamás volveré á contradeciros sobre este punto.

—Caballeros, la discusion es libre.

—Es verdad; pero yo la cierro. Continúad, señor Louët.

—Decia pues, que á falta de leones y de tigres tenemos el paso de los palomos. El señor Louët se detuvo un instante para ver si volvía Méry á contradecirle.

Méry hizo una seña de aprobacion con la cabeza y dijo:

—Es verdad; han pasado los palomos.

Satisfecho con esta concesión, Louët continuó:

—Comprendéis que un cazador no deja pasar una época como esta sin ir á ponerse todas las mañanas de espera en su puesto ó tolo. Digo todas las mañanas, porque no estando ocupado en el teatro si no por la noche, afortunadamente tengo todas las mañanas libres. Pues señor, era en 1810 ó 1811; tenía yo entonces treinta y cinco años, lo que quiere decir que era un poco más listo que ahora; aunque, gracias á Dios, como lo veis, estoy muy bueno: tengo muy buena salud.

Hicimos una señal de aprobación.

—Estaba una mañana en mi tolo antes de amanecer, como de costumbre. Había atado á uno de los palos, como cimbel mi pichon casero, que se agitaba como un diablo, cuando me pareció ver arrojada de las estrellas alguna cosa que se posaba sobre uno de los palos del tolo. Desgraciadamente no había bastante claridad para que yo distinguiese si era un murciélago grande, ó un pájaro. Me estuve quieto; el animal hizo otro tanto; y aguardé preparado á todo evento á que saliese el sol.

A sus primeros rayos reconocí que era un pájaro. Saqué poquito á poquito mi escopeta del tolo; me la eché á la cara, y cuando le hice la puntería... solté el gatillo.

Caballeros, había tenido la imprudencia de no descargar mi escopeta, cargada desde la víspera: mi escopeta alargó el tiro.

No importa: vi en la manera con que el pájaro había volado que le había tocado algo. Le seguí con la vista hasta que se paró. Después volví los ojos hácia mi tolo: caballeros, una cosa admirable, había cortado el bramante de mi palomo, y mi palomo se había largado. Comprendí bien que este día no teniendo cimbel perdería mi tiempo en el tolo: me decidí, pues, á ponerme á seguir á mi ortega. Porque había olvidado deciros que aquel pájaro era una ortega.

Desgraciadamente no tenía perro. En la caza de espera y en el tolo el perro es un animal, no solamente inútil, sino insoportable. No teniendo, pues, perro, no podía contar con que este me la levantase. Me fué, pues, preciso á mi mismo agitar las matas: la ortega había corrido á pie: iba detrás de mí cuando yo la creía delante. Volví al ruido de sus alas, y la encajé un tiro al vuelo: tiro perdido, como comprendéis bien; sin embargo, vi volar algunas plumas.

—¿Visteis volar plumas? dijo Méry.

—Sí, señor; y encontré una que me puse en el ojal.

—Pues si visteis volar plumas, replicó Méry, es señal que habíais tocado á la ortega.

—Esa fué mi opinión también. No la había perdido de vista, y me lancé en su persecu-

ción: pero ya comprendéis, el animal se hallaba con cuidado, y voló fuera de alcance. Sin embargo, la encajé otro tiro: un perdigon; ¿quién sabe? No se sabe dónde va un perdigon.

—Un perdigon no basta para una ortega, dijo Méry meneando la cabeza: la ortega es muy dura de matar.

—Es verdad, caballero, porque yo había tocado á la mia á los dos primeros tiros, estoy cierto, y sin embargo, echó otra tercera volada de cerca de un cuarto de legua: pero es igual: desde el momento en que se parase había jurado alcanzarla: me puse á seguirla. ¡Bribona! Parece que sabía con quién se las había. Marchaba cincuenta ó sesenta pasos: no importa; yo siempre fuego y fuego. Estaba echo un tigre: si la llego á coger, la hubiera devorado viva.

Con esto comenzaba á tener mucha hambre. Felizmente yo había contado con permanecer todo el día en el tolo, y había llevado mi desayuno y mi comida en el morral... me la fui comiendo andando.

—Perdonadme, dijo Méry interrumpiendo á Louët, voy á haceros una simple observación de localidad: aquí teneis, mi querido Dumas, la diferencia entre los cazadores del Norte y los del Mediodía; que resulta, como habeis podido observar, en las propias palabras del señor Louët: el cazador del Norte lleva su morral vacío y lo trae lleno: el cazador del Mediodía lleva su morral lleno y lo trae vacío. Ahora podeis continuar vuestra relación: he dicho.

Y Méry se puso á saborear deliciosamente la punta de su cigarro.

—¿En dónde estaba? preguntó Louët, á quien la interlocución de Méry había hecho perder el hilo de su discurso.

—Estábais pasando montes y llanos en persecución de la ortega.

—Es verdad, caballero. ¡No era sangre, era vitriolo lo que corría por mis venas! Nosotros, cabezas fogosas, nos ponemos furiosos con la irritación: yo no podía estar más irritado. Pero la maldita ortega, caballeros, estaba embrujada: parecía el pájaro del príncipe Caramazaman de las Mil y una noche! Deje á la derecha á Cassis y La Ciotat; entré en la gran llanura que se estiende de Ligne á San Ciro. Hacía quince horas que andaba sin pararme, tan pronto á derecha, tan pronto á izquierda, porque si hubiese sido en una sola línea hubiese pasado de Tolon: no podía tenerme sobre las piernas. El diablo de la ortega no se presentaba: en fin, vi llegar la noche; me quedaba media hora para alcanzar mi infernal pájaro. Hice voto á Nuestra Señora de la Guardia de colgar en su capilla una ortega de plata si llegaba á alcanzar á la mia. ¡Pecador de mí! A pretexto de que yo no soy marinero, la Virgen hizo como que no me oía... La noche se hallaba encima: envié á mi or-

tega un último tiro desesperado! Debí de haber oído silbar los perdigones, caballeros, porque esta vez dió tal vuelo que por más que traté de seguirla con la vista la vi fundirse y perderse en el crepúsculo: había tomado la dirección de la aldea de San Cyr: ya no era cosa de pensar en volver á Marsella: me decidí, pues, á hacer noche en San Cyr. Afortunadamente aquella noche no había teatro. Llegué á la fonda del Aguila negra muerto de hambre, y dije al fondista, antiguo conocido mio, que me preparase cena y cama: después le conté mi aventura. Hízome explicar bien donde había perdido de vista á mi ortega: indiquésele lo mejor que pude: reflexionó un instante, y después:

—Vuestra ortega debe estar en las zarzas á la derecha del camino, me dijo.

—Precisamente esclamé yo; allí es donde la he perdido... Si hubiese luna yo os llevaría.

—Si, si; allí suelen meterse las ortegas, lo sé bien.

—¿De veras?

—Mañana al amanecer, si queréis, tomaré mi perro, é iremos á levantarla.

—¡Pardiez! Ya se ve que lo quiero... No se ha de decir que un miserable volátil se burle de mí. ¿V creeis que la encontraremos?

—De seguro.

—Esto me va á hacer pasar buena noche. No vayais á ir sin mí al menos.

—No faltaba más.

Como yo no quería que me sucediese lo mismo al día siguiente, descargué y limpié mi escopeta. Estaba puerca, caballeros; no podeis formaros una idea: el hecho es que yo había tirado unos cincuenta tiros durante el día, es que si el plomo creciese ya se vería un buen reguero desde Marsella á San Cyr.

Tomada esta precaución puse el cañon en la chimenea para que se secase bien durante la noche. Cené; me acosté y dormí á puño cerrado hasta las cinco de la mañana: á las cinco de la mañana entró el fondista á despertarme.

Como yo contaba con volver á Marsella por el mismo camino por donde había ido, tomé desde la víspera la precaución de proveer mi morral con los restos de mi cena: tenía derecho á ello pues que la había pagado. Echame el morral á la espalda; bajé; preparé mi escopeta: saqué mi polvorera para cargarla, y estaba vacía!

Afortunadamente el fondista tenía municiones. Entre cazadores, ya lo sabeis, caballeros, la pólvora y los perdigones se ofrecen y se aceptan mutuamente. Mi fondista me ofreció su pólvora; la acepté: cargué y ataqué bien mi escopeta. Debía haber visto que en el grano de aquella maldita pólvora había alguna cosa; no hice atención; y nos echamos á andar el fondista, yo, y Soliman:

su perro se llamaba Soliman. Y el vuestro, señor Jadin ¿cómo se llama?

—Se llama Milord, respondió Jadin.

—Bonito nombre, prosiguió Louët inclinándose; pero el perro de mi fondista no se llamaba Milord, se llamaba Soliman. ¡Vaya un perro famoso! Apenas estábamos cerca de las zarzas cuando se plantó olfateando la caza.

—Abi está la ortega, me dijo el fondista.

En efecto, me acerqué, miré delante del perro, y vi á mi ortega, caballeros, á tres pasos de mí. La apunté:

—¿Qué vais á hacerla trizas... eso es un asesinato... sin contar con que podriais dar una perdigonada á mi perro.

—Justo, respondí. Y me eche diez pasos atrás. Soliman se hallaba clavado en tierra, caballeros: parecía el perro de Céfalo. El perro de Céfalo fué convertido en piedra, como saben estos caballeros.

—No; yo no lo sabía, respondí sonriendo.

—Pues sí, señor; aquel animal tuvo esa desgracia.

—¡Pobrecito! dijo Méry.

—Soliman era una maravilla; todavía estaria allí parado si su amo no le hubiese gritado: ¡cógelo, cógelo!

A esta palabra... se lanza: la ortega se echa á volar: yo la encajo un tiro como jamás se había tirado á ninguna ortega: la tenía allí... á la puntita de mi escopeta... sale el tiro; pólvora averiada, caballeros, pólvora averiada; nada.

—Bueno, bueno, me dijo mi fondista; si no haceis más que esto ya podreis llegar hasta Roma.

—¿A Roma? dije: ¡bien! Aun cuando debiese seguirla hasta Roma la seguiria: ¡siempre he tenido gana de ir á Roma! ¡siempre he tenido gana de ver al papa!... ¿Quién puede impedirme ver al papa? ¿Sois vos?... Me hallaba furioso. Si me hubiese respondido la menor cosa, creo que le hubiera roto la cabeza con la escopeta. Pero en lugar de eso: —¡Ah! me dijo; sois muy dueño de ir á donde os dé la gana: buen viage... ¿Queréis que os dé mi perro? Me lo devolvereis cuando volvais...

No era cosa de rehusar, ya lo comprendéis, un perro tan bueno que ojeaba tan bien.—Si, le contesté. Entonces llamadle... ¡Soliman, Soliman! vas á acompañar al señor...

Todo el mundo sabe que un perro de caza sigue al primer cazador que encuentra. Así Soliman me siguió. Echamos á andar: aquel animal era el instinto en persona. Figuraos; había visto donde se había parado la ortega, y fué derecho encima: por más que yo miré, no vi nada. ¡Esta vez, aun cuando la hubiera debido hacer polvo, no la hubiera perdonado! En tanto que yo buscaba encorvado, tomó el vuelo el diablo de la ortega... le largo mis dos tiros... ¡Pan, pan!... pólvora averiada, señores, pólvora averiada... Soliman me miró con

un aire que quería decir: ¿qué es esto?... La mirada de aquel perro me humilló. Le respondí como si hubiera podido entenderme: no es nada, no es nada: vas á ver... Caballeros, diríase que me comprendía. Se puso á olfatear aquel animal: al cabo de diez minutos se paró, era mi ortega... Fui de puntillas á colocarme cerca del perro, ¡cuando me saltó materialmente de entre las piernas la ortega! Ya no pude contenerme: la tiré un tiro demasiado cerca, y otro demasiado lejos: en el primero pasó la carga al lado de la ortega; en el segundo abrió mucho, y la ortega pasó por entre ella. Entonces me sucedió una de esas cosas... una de esas cosas que yo no debiera repetir si no fuese un hombre de mucha verdad... aquel perro que estaba lleno de inteligencia, aquel perro me miró un instante con aire burlon: luego, habiéndose venido cerca de mí, mientras volvía á cargar mi escopeta, levantó la pata, caballeros, se meó sobre mis botines, y tomó el camino por donde había venido. Comprendéis, señores, que si hubiese sido un hombre, el que me hubiera hecho semejante insulto, ó yo le hubiera arrancado á él la vida, ó él á mí la mía; pero ¿qué queréis que se diga á un animal á quien Dios no ha dotado de razón?...

—Caballero, dijo Jadin, os ruego que creais que Milord es incapaz de cometer semejante incongruencia.

—Lo creo, señor, lo creo, respondió Louët, pero Soliman me hizo á mí esa incongruencia; porque vos habeis dicho la palabra con que debe calificarse: yo no la había encontrado. Como comprendéis bien, esto aumentó mi furor. Me propuse que cuando hubiese matado á la ortega se la había de restregar por las narices. Desde aquel momento comprendéis que quedé olvidado el camino de Marsella. De parada en parada llegué, ¿adivinais á dónde llegué, señores? Llegué á Hieres. Jamás había visto á Hieres: la conocí por sus naranjos. Adoro las naranjas: resolví hartarme de ellas; además tenía necesidad de refrescarme, comprendéis que una correría semejante acalora. Me hallaba á catorce leguas de Marsella; se necesitaba dos días enteros para volver; pero hacia mucho tiempo que tenía deseo de ir á Hieres á comer naranjas en el mismo árbol. Eché á todos los diablos mi ortega, porque comenzaba á creer que aquel miserable pájaro estaba encantado. Le había visto pasar por encima de las murallas de la ciudad, y bajarse en un jardín. Facilito es encontrar una ortega en un jardín, y sin perro; es como si dijérais encontrar un alfiler en un pajar. Entré, pues, suspirando en un hotel; pedí de cenar, y el permiso de ir á comer naranjas al jardín, por supuesto poniéndome á la cuenta: me concedieron el permiso.

Hallábame menos cansado que la víspera, señores: lo que prueba que se acostumbra

uno á andar: así bajé inmediatamente al jardín. Era en el mes de octubre, la verdadera época de las naranjas. Figuraos doscientos naranjos, el jardín de las Hespérides, menos el dragon: no tuve mas que alargar la mano, y coger naranjas mas gruesas que la cabeza. Mordí la cáscara, como un normando una manzana, cuando de pronto oigo: ¡pi, pi, pi, pi!!!!...!

—Es el canto de la ortega, como si lo viérais, dijo Mery cogiendo otro cigarro del plato.

—Me acurrugué, señores, clavé mis ojos en el rayo de luz que venía de la grande Osa, y entre mí y la grande Osa, encima de un laurel divisé mi ortega colocada á quince pasos.... Alargué la mano para buscar mi escopeta: la maldita escopeta estaba en la chimenea de la cocina. Yo la veía allí desde donde estaba, allí en un rincón, sin hacer nada: apunté á la ortega con mis dos dedos, y decía: ¡Ah maldita, maldita..... qué suerte tienes!.... Si.... canta, canta... Si yo tuviese mi escopeta, ya te baria cantar yo....

—Pues, ¿por qué no ibais á buscarla? te pregunté yo....

—Si; para que se largase entre tanto; para que tomase su vuelo hácia regiones desconocidas. No, no; había formado otro plan. Yo me decía, atendí á mi raciocinio: yo he encargado la cena: mas temprano ó mas tarde estará lista: entonces vendrá el posadero á buscarme: sabe ese hombre que estoy en su jardín: y yo le digo: amigo mio, hacedme el favor de ir á buscar mi escopeta. ¿Comprendéis?

—¡Hum, hum! dijo Mery, profundo pensamiento.

—Permanecí, pues, acurrucado con los ojos fijos sobre mi ortega. Cantaba, se espulgaba; hacia su tocador. De pronto oigo pasos detrás de mí: hago señas con la mano para recomendar el silencio:

—¡Ah! perdonad: ¿os incomodo? dijo el posadero

—No, no, le respondí: venid aquí únicamente.

Se acercó:

—Mirad, mirad allí, en aquella dirección.

—¿Y qué? Es una ortega, me dijo.

—¡Chit! Id á buscarme mi escopeta.

—¿Para qué?

—Id á buscarme mi escopeta.

—¿Queréis matar ese pájaro?

—Es mi enemigo personal.

—No puede ser.

—¿Cómo qué no puede ser?

—No, no; es demasiado tarde.

—¿Por qué es demasiado tarde?

—¡Oh! Hay una multa de tres francos y dos días de cárcel cuando se dispara en lo interior de la ciudad un tiro pasadas las oraciones.

—Iré á la cárcel, pagaré los tres francos de multa. Id á buscarme mi escopeta.

—Si; para que me declaren cómplice! No, señor, no, señor; mañana será de día.

—Pero mañana, ¡infeliz! exclamé yo mas alto de lo que permitía la prudencia, mañana no le encontraré.

—Y bien, y bien: encontrareis otro.

—¿Si es este el que yo quiero! ¿Si no quiero otro! ¿No sabeis que le estoy persiguiendo desde Marsella á ese maldito? ¿Que quiero tenerlo, vivo ó muerto, para desplumarlo; para comerlo; para.... id, id á buscarme mi escopeta.

—Os he dicho que no: gracias; no tengo ganas de ir á la cárcel con vos.

—Pues bien, iré á buscarla yo mismo.

—Id; pero no respondo que encontréis despues la ortega.

—¿Seriais capaz de hacerla volar? le dije al posadero agarrándole del cuello.

—¡Prrrrrrnnnn! hizo el posadero.

Le eché la mano á la boca.

—Y bien: ¡no, le dije; no! id á buscarme mi escopeta; os doy palabra de honor de que no dispararé antes de que toquen las Ave-marias; palabra de honor á fé de hombre honrado. ¿Estais contento? Id á buscarme la escopeta; pasaré aquí la noche: despues mañana en cuanto suenen las Ave-marias, ¡pand! la mato.

—¡Quiáaa! palabra de cazador; hagamos otra cosa mejor.

—¿Qué hemos de hacer? Pero mirad; me está insultando. Decid pronto que hemos de hacer.

—Permaneced aquí, pues que tal es vuestro deseo: aquí se os traerá la cena: nada faltará: despues de la cena, si queréis dormir tenéis cespéd.

—¡Dormir! ¡Ah! ¡Bien me conocéis! No cerraré el ojo en toda la noche. ¡Para qué se largué mientras duerma!.... ¿Y mañana?

—Y mañana, en cuanto suenen las Ave-marias; os traigo vuestra escopeta.

—Posadero, abusais de mi posición.

—¿Qué queréis? Tomarlo, ó dejarlo.

—¿No queréis ir á buscar mi escopeta? Esto es hecho: una, dos, tres....

—No.

—Pues entonces, id á buscarme la cena, y haced el menor ruido posible para traerla.

—¡Oh! no hay peligro; cuando no se ha largado ya con el ruido que hemos hecho, ya no se va. Miradla; ya se acuesta.

En efecto, señores, el animal dobló el pico entre las alas; porque no ignorareis que este es el modo de dormir de casi todos los volátiles.

—Si, sé eso.

—Tenía el pico debajo de las alas, es decir, no podía verme: tanto que si en lugar de estar á quince pies de altura hubiera estado á mi alcance, yo hubiera podido aproximarme

á cogerla como cojo este vaso de ponche: desgraciadamente estaba demasiado alto: en su consecuencia me senté y aguardé á mi huésped. Me cumplió la palabra, porque preciso es decirlo, era todo un hombre honrado. Su vino era bueno; no tan bueno como el que me han dado estos señores esta noche, y su confortable cena; no hay comparacion con la nuestra: la nuestra es una cena del rey Baltasar, y la suya era buenamente una cena de posada.

Le hicimos un saludo en señal de agradecimiento.

—¿Qué criatura tan débil es el hombre, caballeros! Apenas hube cenado, cuando sentí que me venía sueño. Cerráronse mis ojos, á mi pesar: volví á abrirlos: me los estregué: me pellizqué en las piernas: me mordí el dedo meñique: inútil, caballeros; estaba embrutecido; me dormí como un cachorro.

Soñaba que el árbol sobre el que se hallaba mi ortega se iba entrando en la tierra como los árboles del teatro de Marsella.

¿Habeis estado en el teatro de Marsella? Tiene una maquinaria perfecta. El otro día se representaba *el monstruo de Babilonia*: Aniel hacía el papel de *monstruo*. Habeis debido conocer á Mr. Aniel.

Hice señas de que tenía esa dicha.

—Yo tenía que hablarle: inmediatamente que bajaron el telón me lancé sobre el teatro. Señores, no reparé en una trampa por la que se había hundido.

¡Pataplán! me hundo por la misma trampa. Me creí pulverizado: afortunadamente abajo había colchones: el maquinista venía á quitarlos justamente entonces: me vió despatarrado en el aire.

—¿No es al señor Aniel al que buscáis? me dijo: hace un instante que ha pasado por aquí, pero debe estar en su cuarto.

Yo le dije: —Gracias, amigo.

Y subo á su cuarto: allí estaba efectivamente.

Esto es solo para deciros cuan buena es la maquinaria del teatro de Marsella.

Soñaba, pues, que el árbol sobre el que estaba posada mi ortega, iba entrándose en tierra, de manera que yo cogía aquel miserable pájaro con la mano. Esto me hizo tal efecto que me desperté.

La ortega estaba siempre en su mismo sitio.

Esta vez no me volví á dormir: oí sonar las dos, las tres, las cuatro.

Apareció la aurora. Se despertó la ortega: me hallaba en brasas: en fin, oigo el tañido de la campana de las Ave-marias; ya no respiraba.

El posadero me cumplió su palabra. A la mitad de las Ave-marias apareció con mi escopeta: alargó el brazo sin perder de vista á mi pájaro y haciendo con la mano señas al posadero de que se despachase. Pero

no me entregó la escopeta hasta que sonó la última campanada.

En el momento que me dió la escopeta, señores, la ortega dió un chillido, y tomó vuelo.

Yo me agarré á la pared; subí encima; hubiera subido sobre el campanario de la catedral: se marchó á un campo de cañamo. Aquel animal no se había desayunado, caballeros, y hablaba en él la naturaleza.

Salté al otro lado de la pared, tirando al posadero un duro por su cena, y me eché á correr hácia el campo de los cañamones. Tan preocupado me hallaba con mi ortega, que no vi al guarda del campo que me seguía; de modo que en el momento en que me hallaba en medio del sembrado, y en que iba á hacerla levantar, sentí que me agarraban del cuello. Me vuelvo, y era el guarda!

—Daos preso en nombre de la ley, me dijo; y vais á venir conmigo en casa del alcalde.

En aquel momento se largó la ortega.

Si hubiera tenido en derredor mio un regimiento de granaderos, lo hubiera atravesado á paso de carga para seguir mi ortega. Di un empujon y derribé al guarda, y me lancé fuera de aquel inhospitalario suelo.

Afortunadamente el pájaro había echado una gran volada, de modo que me encontré lejos de mi antagonista. Cuando llegué al punto donde había hecho descanso, me hallaba de tal modo sofocado con lo que había corrido, que jamás pude encontrarla al alcance de mi escopeta; pero le dije: deuda diferida no está perdida. Y volví á ponerme á perseguirla.

Señores, todo el día caminé. Esta vez no tenía nada en mi morral, comía frutas silvestres, bebía agua en los torrentes: el sudor chorreaba por mi frente; estaba horroroso.

Llegué así á la orilla de un arroyo sin agua.

—Era el Var, dijo Méry.

—Justamente, caballero, era el Var. Le atravesé sabiendo que hollaba un suelo extranjero. Pero no importa: veía á mi ortega dar saltitos á doscientos pasos delante de mí, sobre un terreno donde no había ni un árbol, ni una caña donde pudiera ocultarse. Me aproximé pasito á pasito, apuntándola de diez en diez pasos. Hallábame á tres tiros, cuando de repente un milano: un bribon de milano que andaba dando vueltas encima de mi cabeza, sé deja caer como una piedra, agarra mi ortega, desaparece con ella.

Aonadado me quedé, caballeros. Entonces sentí todos mis dolores. Tenía cubierto el cuerpo de lagas que me había hecho con los espinos del camino: mis intestinos se hallaban trastornados con el alimento que había querido darles en cambio. Cai en la orilla del camino.

Pasó un aldeano.

—Amigo, le dije, ¿hay alguna ciudad, aldea ó cabaña en los alrededores?

—Signor, si, me respondió, *ce la città di Nizza un miglia avanti*.

—Me hallaba en Italia, caballeros, y no sabía una palabra de italiano; y todo esto por una maldita ortega.

No había mas que dos partidos que tomar. Me levanté como pude, me apoyé en mi escopeta como en un baston: tardé hora y media en andar aquella milla. No me hallaba sostenido mas que por la esperanza, caballeros: me había abandonado la esperanza, y sentía toda mi debilidad.

En fin, entré en la ciudad: pedí al primero que encontré las señas de una buena posada, porque ya lo comprendeis, tenía necesidad de reponerme. Afortunadamente aquel á quien me dirigí hablaba el mas puro francés: me indicó el hotel de York: era el mejor hotel.

Pedí un cuarto para uno, y cena para cuatro.

—¿Aguarda el señor á tres amigos suyos? me preguntó el mozo.

—Haced lo que os mando, le respondí. Salió el mozo.

Eché entonces mano al bolsillo, para ver con qué suma podía contar despues de cenar, porque creía que jamás me vería hartó. Señores, saqué mi mano con un frio sudor: creí que me iba á desmayar.

—¿Se hallaba roto mi bolsillo, señores! Como estábamos al principio del mes, y acababa de cobrar mi paga, había tomado algunos napoleones sobre mi mes: el peso había agujerado la tela de mis faltriqueras, y los había sembrado con los perdigones por el camino de Hieres á Niza: busqué y rebusqué en todos mis bolsillos, señores: ni un óbolo. No hubiera tenido con que pagar el paso del Estigio.

Mi cena, encargada para cuatro se presentó á mi imaginación, y sentí erizárseme los cabellos en la cabeza. Corro á la campanilla, y me cuelgo de ella.

El mozo creyó que me degollaban, vino corriendo.

—Mozo, le dije, ¿habeis encargado la cena?

—Si, señor.

—Pues desencargadla entonces; desencargadla al instante mismo.

—¿Y los amigos del señor?

—Acaban de gritarme por la ventana que no tienen hambre.

—Pero eso no impide que cene el señor.

—Comprended, le dije con impaciencia, que sino tienen hambre mis amigos, tampoco la tengo yo.

—¿Ha comido el señor muy tarde?

—Muy tarde.

—¿Y no necesita el señor?

—De nada.

Yo le dije estas pocas palabras con un tono que le aterró. Así salió inmediatamente y

le vi responder á uno de sus compañeros que le preguntaba quién era yo:

—¡No lo sé; pero es preciso que sea algun lord, porque es muy insolente!

—¡Yo un lord, señores, vosotros que conocéis cuál era mi posición!.... Este mozo por lo visto no era gran fisonomista.

Mi posición no era muy agradable; mis vestidos estaban hechos pedazos y no representaban ningun valor: no tenía mas que mi escopeta; ¿pero sabía yo lo que darian por mi escopeta? muy poca cosa, tal vez.

Tenia tambien en el dedo un solitario; pero era un sentimiento, señores: recordaba una persona amada, y hubiera preferido morir de hambre á deshacerme de él. Me acordaba de aquel refran: *EL QUE DUERME CENA*; presumí que esto podía aplicarse lo mismo á una comida que á otra. Me metí en la cama, y señores, ¡cosa increíble! me hallaba tan cansado que á pesar del hambre y de mis inquietudes me dormí.

Me desperté con una hambre canina: como sabeis, señores, esto se dice no solo de los animales, sino tambien del hombre, cuando el hambre se ha escitado en su último período.

Me senté sobre mi cama para deliberar lo que me quedaba que hacer dando vueltas á mi dedo pulgar izquierdo con una inquietud siempre en aumento, cuando de repente, en un rincón de un cuarto, veo un violonchelo, di un grito de alegría.

—¿Me diréis, señores, qué hay de comun entre un violonchelo y un hombre que ni ha comido, ni ha cenado, si no es que los dos tienen vacío el estómago?

Había de comun, señores, que era un rostro que yo conocía en pais extranjero: era casi un amigo, señores, porque puedo decir sin fatuidad que cuando se ha tenido un instrumento entre sus brazos durante diez años, se debe estar muy familiarizado con él. Además, señores, he notado que nada me hace ocurrir ó tener ideas como el sonido del contra-bajo ¿sois músicos, señores?

—¡Ay! no señor.

—¿Pero seréis aficionado por la música!

—En general es el ruido que mas me incomoda.

—Sin embargo, cuando ois cantar un ruiseñor...

—Le grito lo mas alto que puedo: ¿quereis callar, bestia?

Méry se encogió de hombros con un signo de profundo desprecio lanzándome una mirada esterminadora.

—¡Defecto de organizacion! exclamó Louët que temia ver cesar la buena armonia que reinaba entre nosotros. El señor es mas digno de lástima que de censura; le falta un quinto sentido. Os compadezco, caballero.

—Y bien, señor Louët, dijo Méry, ya estoy seguro que apenas tuvisteis vuestro contra-bajo entre las piernas, se os ocurrieron las

ideas á millares. Teniais demasiadas ideas ¿no es verdad?

—No señor, no señor, no fueron precisamente las ideas las que me vinieron, fueron los criados del hotel los que acudieron. Mi situación había pasado al alma del contra-bajo. Saqué de él desgarradores sonidos: había en estos sonidos todos los pesares del pais natal, todos los dolores de un estómago en ayunas; la música era espresiva en primer grado. Como sabeis, los naturales del pais en donde me hallaba no son como este caballero, adoran la música. Oí llenarse de gente el corredor: de tiempo en tiempo llegaba á mí un murmullo aprobado: hubo palmadas. En fin, se abrió la puerta de mi cuarto y vi presentarse al dueño de la fonda. Pasé por última vez el arco con un gran golpe de genio y me volví hácia él. En el momento en que yo tenía un instrumento en la mano comprendía mi superioridad sobre aquel hombre.

—Perdonad, caballero, que haya entrado así en vuestro cuarto, pero vos teneis la culpa.

—¡Oh! respondí, ¿sois el amo? ¿no estais en vuestra casa?

Preciso es decir que yo tenía el vestido de Orfeo; me hallaba en paños menores.

—El señor me parece un distinguido instrumentista.

—He rehusado la plaza de primer contrabajo de la ópera de Paris.

Esto no era precisamente verdad, caballeros, debo confesarlo; pero me hallaba en pais extranjero, y no queria rebajar la Franeia.

—Sin embargo, caballero, es una buena plaza, continuó el posadero.

—Diez mil francos de sueldo y la comida. Todos los dias almuerzo de chuletas y vino de Burdeos.—Caballeros, me vinieron á la boca estos dos objetos á pesar mio.—Y todo esto, continué yo, por amor del arte, por venir á Italia, á la patria del sublime Paisiello, del divino Cimarosa. Yo adulaba á aquel hombre.

—¿Y el señor no se ha de detener en nuestra ciudad?

—¿Para qué?

—Para dar un concierto.

Caballeros, esto fué un rayo de luz para mí.

—¡Un concierto! dije yo desdeñosamente: ¿quereis acaso que una ciudad como Niza cubriera mis gastos?

—¡Como! en este momento estamos atestados de ingleses tísicos que vienen á pasar el invierno á Niza; en solo el hotel de York hay quince, porque la mesa no es de las mas despreciables.

—Verdad es, señor, repliqué yo continuando en lisongear á aquel hombre, que es el mejor hotel de Niza.

—Espero que el señor lo juzgará antes de marcharse.

—No sé todavía.  
—Yo no puedo aconsejar al señor: pero estoy seguro que un concierto que nos diera no sería perdido.

—¿Y qué creéis, pregunté yo con desden, que podría producir este concierto?

—Si el señor quiere dejarme hacer los anuncios y distribuir los billetes, le garantizo cien escudos.

—¡Cien escudos! exclamé yo.

—No es gran cosa, lo sé; pero Niza no es París ni Roma.

—Es una ciudad encantadora—yo continuaba lisongeándole y esto me había salido bien—y en consideración á la ciudad... si, si yo estuviera bien seguro que sin ocuparme de nada mas que de coger un contrabajo y distraer al auditorio habia de producirme cien escudos...

—Yo os lo garantizo por segunda vez, caballero.

—Y mantenido, ¿mantenido como en la ópera de París?

—Y mantenido.

—Pues bien, anunciadme, ¿poned carteles!

—¿Vuestro nombre si gustais?

—Mr. Louët que ha venido de Marsella á Niza persiguiendo una ortega.

—¿Queréis que se ponga eso en los carteles?

—Es indispensable, en atención á que me hallo en traje de caza, y el respetable público de Niza podría creer que le falto á la consideración, cuando, á fe mia, soy incapaz de hacerlo con nadie.

—Haré lo que gustéis, caballero... ¿y qué tocaréis?

—No anunciéis nada: haced traer todas las partituras del teatro, todas las conozco: tocaré ocho piezas de primera importancia á elección del auditorio: esto lisongeará el orgullo de los ingleses. Como sabeis esos insulares están llenos de amor propio.

—Pues bien, negocio concluido, replicó el dueño del hotel. Yo os garantizo cien escudos y os mantengo: al instante mismo van á servirlos el desayuno.

—Pensad que por este prospecto formaré yo una idea del modo con que cumplis vuestros compromisos.

—Perded cuidado.

Y al salir oí que gritaba á sus criados:

—¡Un desayuno de primera clase al número 4!

Señores, miré el número de mi cuarto: yo era el número 4.

No podia contener mi alegría: cogi mi contra-bajo en mis brazos y me puse á bailar una zarabanda.

Al ir á dejar en su sitio á mi bailarina, entraron los criados con un desayuno.

Verdaderamente era un desayuno de primera clase.

Señores, cuando vayais á Niza, que creo

que vais á ir, alojaos en el hotel de York, y si es el mismo dueño, que es muy posible, en razón á que tenia mi edad el fondista, me contareis maravillas.

Os confieso que me puse á la mesa con cierta voluptuosidad: hacia exactamente veinte y ocho horas que no probaba bocado.

Tomaba mi taza de café cuando volvió á entrar el amo del hotel.

—¿Habeis quedado contento? me preguntó.

—Muy contento.

—Por mi parte está todo arreglado, no hay que volverse atrás, ya están puestos los carteles.

—Yo corresponderé al anuncio de los carteles. Ahora ¿podreis decirme por qué via podré volverme á Marsella? quisiera marcharme mañana.

—Precisamente hay en el puerto un magnífico brik que mañana se hace á la vela para Tolon. El capitán, justamente es uno de mis amigos, un verdadero lobo marino.

—Bien, bien, no conozco á Tolon y me alegraré conocerlo.

—Pues bien, aprovechaos de la ocasión.

—Pero es que... la verdad es que le temo, soy como el señor Méry en este punto.

—¡Bah! en este momento el mar está hecho un balsa de aceite.

—¿Cuánto tiempo podré tardar en la travesía?

—Seis horas á lo mas.

—Es una bagatela: me iré en vuestro bergantín.

El concierto se verificó á la hora anunciada: esto es cuanto puede decir mi modestia. Cobré exactamente los cien escudos, y al día siguiente, despues de haber dado á los mozos por propina una ária de contra-bajo, me embarqué en el bergantín, *la Virgen de los Siete dolores*, capitán Garnier.

Caballeros, lo que yo habia previsto sucedió: apenas habia puesto el pie en el puente, cuando conocí que, si no bajaba á mi camarote era hombre perdido.

Al cabo de dos horas, en el momento mismo en que me iba poniendo mejor, oí una gran barahunda sobre el puente: despues tocaron el tambor: creí que era la señal para el desayuno.

—Amigo mio, le dije á un marinero que llevaba una brazada de sables, ¿qué anuncia ese tambor?

—Anuncia los ingleses, buen hombre, me respondió aquel marinero con la rudeza ordinaria de las gentes que ejercen su profesion.

—¡Los ingleses! ¡los ingleses! son buenos muchachos respondi; son los que han hecho ayer las tres cuartas partes de la entrada de mi beneficio.

—Pues bien, en ese caso podrán recobrarla toda entera hoy.

Y continuó su camino hácia la escalera de la escotilla.

Detras de aquel primer marinero vino otro que llevaba una brazada de lanzas.

Despues otro que llevaba otra brazada de hachas.

Comencé á conocer que algo extraordinario pasaba.

Ibase aumentando el ruido, lo que no calmaba mi inquietud, cuando oí en la escotilla una voz que decia:

—¡Antonio, trae mi pipa!

—Si, capitán, respondió otra voz.

Un instante despues vi venir á un grumete llevando en la mano el objeto pedido. Me agarré al cuello de aquel muchacho porque su edad me permitia tomarme esta familiaridad.

—Amiguito, le dije, ¿qué sucede allá arriba? ¿van á desayunarse?

—Si, si, respondió picarescamente el grumete: algunos tendrán una indigestion de plomo y de acero en el desayuno; pero perdonad, el capitán aguarda su pipa.

—Entonces, si aguarda su pipa, no será muy grande el peligro.

—Al contrario; cuando la pide la cosa está caliente.

—Pero, en fin, ¿qué cosa es la que está caliente?

—La olla grande en donde hay caldo para todo el mundo. Subid al puente y vereis.

Comprendí que lo mejor que debia hacer era seguir el juicioso consejo que me daba aquel muchacho; pero la cosa no era cómoda de verificar por el balance del buque. En fin, me agarré lo mejor que pude á las paredes interiores y llegué hasta la escalera: allí estuve mas cómodo y me agarré á la barandilla.

Saqué la cabeza por la escotilla con todas las precauciones que exigia la situación. Divisé á cuatro pasos de mí al capitán, que fumaba tranquilamente sentado sobre un fardo.

—Buenos dias, capitán, le dije con la sonrisa mas amable que pude; parece que hay novedad á bordo.

—¡Ah! ¿soy vos, señor Louët?—Sabia mi nombre aquel buen capitán.

—El mismo; me puse un poco malo, pero ya estoy mejor.

—Señor Louët ¿habeis visto alguna vez un combate naval? me preguntó el capitán.

—Nunca, señor.

—¿Teneis ganas de ver uno?

—Pero... confieso... gustaria mejor ver cualquiera otra cosa.

—Lo siento, porque si tuviérais ganas de ver uno y bueno, ibais á ser servido al momento.

—¿Cómo! dije yo poniéndome pálido á pesar mio.

Sabeis que este fenómeno es independiente de la voluntad del hombre. ¿Cómo! repetí, ¿vamos á tener un combate naval? os chanceais, capitán... sois muy bromista.

—¡Me chanceo!... Subid todavía dos escalones mas y mirad... ¿veis?

—Si, capitán.

—Y bien ¿qué veis?

—Veo tres hermosos buques.

—Contad bien.

—Veo cuatro....

—Mirad mejor todavía.

—Cinco, seis.

—¡Vamos!

—Si, á fe mia, seis hay....

—¿Conoceis los pabellones?

—Muy poco.

—No importa; mirad el que lleva el mas grande... allí, en el tope... donde está nuestro pabellón tricolor, el que lleva.... ¿Qué hay en ese pabellón?

—Entiendo poco de figuras heráldicas; sin embargo, creo distinguir un harpa.

—Bien, es el harpa de Irlanda: de aquí á cinco minutos, van á tocarnos un aria.

—Pero capitán, le dije, capitán, me parece que todavía están lejos de nosotros y que desplegando toda esa tela que no hace ahí nada en el lado de las vergas, se podría huir. Yo en lugar nuestro huiria. Perdonad, esta es mi opinion como cuarto contra-bajo del teatro de Marsella, y mucha dicha sería para mí que participaseis de ella. Si tuviese el honor de ser marino tal vez tendria otra opinion.

—Si en lugar de ser un contra-bajo fuese un hombre el que me hubiese dicho lo que acabais de decirme, caballero, replicó el capitán, mal lo pasaria. Sabeis que el capitán Garnier no huye, se bate hasta que el buque esté acerbillado: despues espera el abordage, y cuando su puente esté lleno de ingleses baja á la Santa Bárbara con su pipa: se acerca á un barril de pólvora, y envia á los ingleses á ver si el Padre Eterno está muy alto.

—Pero los franceses...

—Los franceses tambien.

—Pero los pasajeros...

—Los pasajeros lo mismo.

—Vamos, capitán, es mala chanza.

—Señor Louët, yo no me chanceo cuando está á la vista el enemigo.

—¡Capitán! ¡capitán! ¡capitán! en nombre del derecho de gentes, echadme á tierra: mejor quiero irme á pie; así como he venido me iré.

—¿Queréis que os dé un consejo? dijo el capitán poniendo su pipa cerca de él.

—Dádmelo, señor, un consejo es siempre bien recibido cuando viene de un hombre razonable.—Con esta indirecta le di una leccion.

—Pues bien, señor Louët, idos á acostar. ¿No venis de eso? pues volved á hacerlo otra vez.

—La última pregunta, capitán.

—Hacedla.

—¿Teneis alguna probabilidad de salvarnos? es un hombre casado con muger y tres hijos el que os hace esta pregunta. Le decia esto para enternecerlo: la verdad es que soy soltero.